

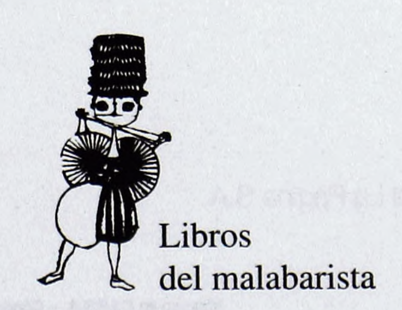
Gustavo
Roldán

La noche del elefante

Página/12

Gustavo Roldán

La noche del elefante



Libros del malabarista

Ediciones Colihue

Página/12

Tapa: Jorge Cuello

I.S.B.N.: 987-503-097-X

Impreso en Argentina.

Impreso en C.I.P.S.A. – Cóndor 1735/45
Tel.: 918-2061/62 – Capital Federal

Gustavo Roldán

La noche del elefante



Carta a los chicos

Muchos dicen que en el monte chaqueño no hay elefantes. Y un poco de razón tienen, porque antes no había. Pero ahora sí hay, después de la historia que se cuenta en este libro.

¿Que dónde están? Ahí nomás, junto al Bermejo, entre Lavalle y Vapor Quebrado.

Muchos también dicen que esto no es cierto, que son puros inventos de un mentiroso.

Para eso nada mejor que mostrar las pruebas, así se termina la discusión. Y qué mejor prueba que una fotografía donde aparezco yo mismo junto a un elefante, sacada ahora, en agosto de 1995, justito en la zona donde hay un vapor que dicen que se hundió cuando remontaba el Bermejo.

Bueno, me acaban de entregar las fotos recién reveladas, y se ven que los elefantes se corrieron un poco para el costado y no salieron. Pero salió un chivito. Apenas vuelva al monte me saco otra foto con los elefantes.

Gustavo

Entre la nada y la pena
elijo la pena

Palmeras salvajes
William Faulkner



La noche del elefante

El circo llegó al pueblo, y con el circo llegó el elefante.

–¡Estoy podrido! –fue lo único que se le oyó decir cuando bajó del tren.

El elefante había viajado con el circo por París, Londres, Moscú, Buenos Aires, siempre por las más grandes ciudades del mundo, y ahora, cruzando el Chaco, había llegado a Sáenz Peña, que seguramente también era una de las grandes ciudades del mundo.

Ahí fue donde dijo:

–¡Estoy podrido!

Y no habló más. Los otros animales lo miraron sorprendidos, porque no estaban acostumbrados a que anduviera protestando. Al contrario, tenía fama casi de demasiado manso.

La rutina siguió. Levantaron la carpa, acomodaron las jaulas de las fieras, y prepararon un desfile por las calles para que a todo el pueblo le diera ganas de ir a ver las maravillas del circo más hermoso.

Todo marchaba sobre ruedas. O por lo menos

parecía. Nadie se había dado cuenta de que el elefante andaba más trompudo que de costumbre. Nadie sabía que mientras el tren iba recorriendo los caminos del Chaco el elefante se había puesto a oler.

Fue un olor que le llegó de golpe, mientras descansaba tranquilamente en su jaula con abundante pasto y agua limpia, y fue como si la tierra se hubiera dado vuelta. Sintió apenas una especie de cosquilla que le hormigueaba desde la trompa hasta la punta de la cola, y de pronto supo de qué se trataba. Era el olor de los árboles, era el olor de un río, era el olor de la selva. Miró por entre los barrotes de su jaula y vio miles de pájaros que volaban y se posaban en los árboles, y miró los árboles.

No eran los mismos que conociera, pero eran árboles. Tampoco los pájaros eran los mismos, pero eran pájaros.

De un lugar así lo habían sacado los cazadores hacía muchos años, tantos, que ya ni sabía que se acordaba. Pero ahora de golpe, al sentir el olor de la selva, se le vino encima toda la memoria.

Y entonces se acordó de los grandes espacios por donde correteaba con la manada, se acordó del calor y de las noches inmensas cuando toda la tierra era de los elefantes. Se acordó de las grandes caminatas para buscar agua y comida y de las peleas con el tigre.

Y se acordó del miedo.

Era un elefante joven, con colmillos que comenzaban a crecer con fuerza, cuando conoció el miedo. Fue cuando llegaron los cazadores.

Hasta entonces creía ser el animal más fuerte, un animal que podía matar al león con su trompa poderosa y sus colmillos. Un animal que ya había enfrentado al tigre de suaves manchas y lo había visto huir.

–¡Qué pequeños son! –pensó cuando vio a los cazadores.

Pero no sabía que tenían dardos con venenos para hacer dormir a un elefante, y que tenían jaulas de hierro capaces de aguantar toda la fuerza y el peso de su cuerpo.

Después pasó a otras manos que lo cuidaron mejor. Nunca le faltó agua ni comida, pero siempre con una gruesa cadena atada a la pata. Le enseñaron pruebas y lo premiaron cada vez que aprendía a repetirlas. Y cada vez que aprendía también iba aprendiendo que ahora debía vivir con los hombres.

Entonces lo llevaron al circo con otros animales y con otros elefantes. Durante muchos años siguió aprendiendo y olvidando, hasta que un día casi estuvo convencido de haber nacido en el circo y de que ése era el mundo de los elefantes.

Ya no tenía la gruesa cadena atada a la pata. Pero había otra cadena, invisible, que lo dejaba atado al lado de los hombres. Y tal vez era más difícil de romper que una cadena de hierro.

Recorrió grandes ciudades, y ahora, al sentir el olor de los árboles, del bosque, al ver volar tantos pájaros, fue como un golpe, casi como ese pequeño golpe que sintiera cuando un dardo se le clavó una tarde lejana porque no huyó de los cazadores. No estaba dispuesto a escapar de

esos seres tan débiles.

Fue así, como un pequeño golpe. Y se le vino encima toda la memoria.

Esa noche, cansados, todos en el circo se durmieron temprano.

Pero el elefante no. Despertó a la elefanta y le contó sus planes.

Ella dijo primero que no, que estaba loco, que qué iban a hacer en un mundo desconocido, que aquí nunca les faltaba comida, que todas las noches los aplaudían a rabiar, que quién sabe lo que les esperaba afuera de la carpa...

–Claro que quiero irme. Y ya mismo –dijo finalmente la elefanta.

–¿Qué vamos a hacer? –dudó ahora el elefante.

–No sé. Pero si allá afuera hay árboles y hay un río y hay una selva, ése es nuestro lugar.

–¡Aquí estamos seguros!

–Pero no tenemos aire libre.

–¿Entonces querés irte?

–Elefante, ¿qué estás pensando? Este es el mejor momento para salir de aquí. Después veremos –dijo convencida la elefanta.

Y se fueron.

Caminaron, sin hacer ruido, y se alejaron lentamente del circo. Siguieron por las calles dormidas de la ciudad y sin mirar atrás llegaron a los primeros árboles. Arrancaron con la trompa un manojo de hojas frescas y sintieron que eso se parecía a la felicidad.

–Ahora podemos descansar un rato –dijo la elefanta.

–No, todavía no –dijo el elefante–. Mañana van

a salir a buscarnos.

–¿Nos encontrarán?

–Si nos alejamos mucho, no. Tenemos que meternos en el monte, lejos de los caminos. Nos van a buscar por los caminos.

Y se internaron en el monte, y caminaron sin descansar, abriéndose paso entre la maleza. Días y noches caminaron, encontrando cada vez más árboles y árboles cada vez más grandes.

Y encontraron espacios abiertos para correr y largas noches bajo las estrellas. Descubrieron el canto de los pájaros y el sonido del viento. Vieron volar las bandadas de garzas blancas y se quedaron quietos escuchando el griterío de las cotorras. Probaron distintos pastos y las hojas de distintos árboles, y fueron descubriendo sabores dulces y amargos y fueron eligiendo porque tenían para elegir.

En la laguna vieron rastros de toda clase de animales y jugaron echándose agua con la trompa. Y sintieron el calor del sol y la frescura de la sombra. Caminaron. Y cada noche sentían que estaban un poco más cerca.

Y vino un olor a tierra mojada y los elefantes se quedaron inmóviles, recordando. Sabían que ahora vendría una de las cosas más hermosas. Llegaría la lluvia. Esperaron la lluvia con las trompas levantadas, lanzando el enorme grito de los elefantes. El agua comenzó a caer y sentían que los lavaba y refrescaba, que les sacaba el recuerdo de las jaulas y de las cadenas y gritaron de nuevo. Hasta cansarse de gritar. Hasta que se acabó la lluvia. Eran nuevos elefantes.

Cada vez que escuchaban algún ruido se quedaban quietos. Sentían demasiado el olor de los hombres todavía. Tenían que llegar más lejos.

¿Dónde quedaba ese lugar más lejos?

Siguieron caminando.

Nadie sabe si fue el instinto y la inteligencia de los elefantes, o si fue simplemente el azar. Pero lo cierto es que se encaminaron hacia un lugar del monte impenetrable lejos de las ciudades y del hombre.

Y ahí se quedaron, en el monte chaqueño. Nadie volvió a verlos. Nunca intentaron volver.



Un ruido muy grande

Todo empezó cuando terminó la discusión en el monte.

Que los elefantes son del tamaño de un ratón.

Que los elefantes tienen manchas como el tigre.

Que los elefantes tienen un cogote muy pero muy largo.

Que los elefantes no existen.

Y en eso fue que se oyó el gran ruido.

Era un ruido enorme y pesado. No era el de un quebracho cuando se cae.

Ni el del río cuando viene la creciente.

Tampoco el del trueno cuando comienza la lluvia.

Y todos los animales se quedaron en silencio, escuchando.

El monito se quedó sentado en una rama.

El quirquincho se cerró como una pelota.

La paloma se quedó con el pico abierto, y la garza blanca, que había levantado un ala, la dejó ahí, extendida.

Parecían estatuas.

Y el ruido se oyó otra vez, y otra vez. Cada vez más fuerte y más cerca.

–¡Añamembuí! –dijo el piojo asomando por entre las plumas de la cabeza del ñandú–. Los que tenemos patas largas no nos vamos a asustar por un ruidito de morondanga.

–¡Pero suena muy fuerte! ¡Y se va acercando! –dijo el monito colgándose de la cola.

–¿No alcanzás a ver nada desde ahí arriba? –preguntó el sapo.

–Nadita de nada. Veo todo negro, don sapo.

–¿Y si probás abriendo los ojos?

–¡Claro! –dijo el monito. Ni me di cuenta de que se me habían cerrado.

Y el monito abrió los ojos, pero mientras abría los ojos comenzó también a abrir la boca. Y la abrió y la abrió, hasta que ya parecía la boca de un yacaré.

–¡Cerrá la boca, monito! –dijo el sapo.

El mono intentaba hablar, pero la boca no quería cerrarse. Al final alcanzó a decir:

–Mo... mo...

–¿Monos?

–No, mo... mo...

–¿Mosquitos?

–No. Mo... mo...

–¿Moco? ¿Morocho? ¿Mondongo? ¿Qué cosa, monito?

–Mo... ¡Monstruos!

–¿Monstruos? ¿Cómo son?

–Tienen una víbora larguísima en la nariz.

–¿Qué más?

–Tienen alas en las orejas.

–¿Qué más?

–Cuatro troncos en lugar de patas.
–¿Qué más?
–Tienen dos lanzas muy gruesas en la boca.
–¿Cuántos son?
–Muchísimos.
–¡Como cuántos!
–¡Como dos! ¡Pero del tamaño de muchísimos!
Y en ese momento se abrió el monte con un ruido de ramas quebradas y aparecieron los dos monstruos.
–¿Quiénes son? –balbuceó el sapo.
–Hola amigos. Venimos desde muy lejos.
–¿Y nos van a comer?
–¿Quiénes son?
–¿De dónde vienen?
–¿Seguro que no nos van a comer?
–¿Quieren matarnos?
–¿Vienen a pelear?
–Nosotros no queremos pelear con nadie –dijeron los recién llegados.
–¿Y cómo se llaman?
–Elefantes. Somos elefantes. ¿Podemos descansar?
–¿Y qué les gusta comer? –preguntó el monito subiéndose a una rama más alta.
–Hojas y pastos. Eso comemos.
Los bichos largaron el aire que ya los tenía medio ahogados y respiraron un poco más tranquilos.
–¿Y los quirquinchos? ¿Les gusta comer quirquinchos? –preguntó el quirquincho.
–Si tienen muchas hojas, sí.
–No, no tienen hojas.
–Entonces no me gustan.

–¡Ah, bueno! –dijo aliviado el quirquincho.
–¿Podemos quedarnos con ustedes? –preguntó la elefanta.
–Dígame –dijo la lechuza–, ¿ustedes están seguros de que son elefantes?
–Claro que sí.
–Dígame –insistió la lechuza–, ¿acaso los elefantes no tienen manchas como el tigre y un cogote muy pero muy largo?
–Nada de eso –dijo la elefanta–, somos así como nos ve.
–¿Está seguro de ser un elefante?
–Bueno, en realidad yo no soy un elefante...
–¡Ya me parecía! ¡Como siempre, yo tenía razón!
–...porque soy una elefanta.
–Y usted, el más colmilludo –siguió la lechuza–, ¿cómo sabe que es un elefante? Porque yo tengo otra idea de los elefantes.
–Y... no sé... Yo soy elefante desde muy chiquito.
–Pero podría estar equivocado. Yo soy una lechuza que razona mucho. Pienso que los elefantes son muy distintos. Me parece que usted debe ser una jirafa.
Los elefantes se miraron sin entender, pero el sapo vino a resolver el aprieto.
–Bueno, bueno –dijo–. Basta de discusión y demos la bienvenida a los nuevos amigos.
Todos se fueron acercando para conversar mejor. Los elefantes contaron su historia y el mono y el coatí y la garza blanca y la cotorrita verde se treparon al lomo del elefante.
El quirquincho y el sapo los miraron con envidia. Ellos no podían trepar. Entonces la elefanta

los alzó con la trompa y los puso sobre su lomo.

También alzó a la tortuga y a la iguana y al tatú.

Y se contaron vidas y milagros.

El piojo acompañó al elefante a conocer el río. Y la pulga, cuando vio que era un animal muy fuerte, pegó un salto de la cabeza de la paloma y se fue a vivir a la cabeza de la elefanta. Pidiendo permiso, claro.

Y les mostraron cuáles eran los árboles y los pastos más sabrosos.

Los elefantes, todas las tardes los subían sobre su lomo y los hacían pasear para un lado y para el otro. El sapo estaba feliz. Por primera vez en su vida pudo mirar las cosas desde lo alto, que era lo que tenía ganas de hacer desde chiquito.

Como sin darse cuenta, los bichos se fueron acostumbrando al paseo de cada tarde en lomo de elefante.

Como sin darse cuenta, los elefantes se fueron quedando en ese lugar del monte.

Como sin darse cuenta, el tiempo fue pasando, y cuando llegó la creciente todos subieron al elefante para acercarse a mirar con qué fuerza corría el río.

Como sin darse cuenta, ahora, desde arriba, muchos pudieron conocer el arco iris después de la lluvia.

Como sin darse cuenta, cada vez que los animales se juntan a conversar o a contar cuentos, las reuniones se hacen a lomo de elefante. Se suben todos. Y están contentos.

¿Todos? Todos no. La lechuza se para en la punta de un poste y desde ahí mira y murmura:

–Yo jamás me subiría al lomo de una jirafa.



El sueño del yacaré

Esa mañana el yacaré se despertó enojado. Había soñado toda la noche con cosas que no acababa de entender.

Había soñado con leones de grandes melenas. Con tigres de piel rayada. Con rinocerontes con un poderoso cuerno en la cabeza. Los había soñado y sabía el nombre de cada uno.

Pero él no conocía ninguno de esos animales. Nunca los había visto ni había oído hablar de ellos.

–¿Qué serán? ¿Qué será este sueño? –se preguntaba una y otra vez.

Y les contó al tatú, al sapo, al piojo y al ñandú.

Todos movieron la cabeza diciendo que no. Ninguno sabía qué era ese sueño.

–Y sin embargo esos animales existen. Yo los soñé. Y además sé cómo se llaman.

–El que podría saber es el bicho colorado, pero anda otra vez dando la vuelta al mundo.

–No importa –dijo el yacaré–, yo me voy a otro lado a buscarlo. Adiós.

Y sin decir nada más se zambulló en el río y se fue aguas arriba.

–¡Eh, don yacaré! –le gritó el tatú–. ¡No nos puede dejar así!

Pero el yacaré ya estaba lejos y no podía oírlo.

El piojo abría grande los ojos y la boca.

–Esto no puede ser. Se nos fue don yacaré. Seguro que es por mi culpa.

–¿Culpa suya, amigo piojo? –preguntó el sapo, sorprendido.

–Sí, por mi culpa. El no dijo nada, pero ayer tuvimos una discusión y lo desafié a pelear.

–¿Y pelearon, don piojo?

–No, no quiso pelear conmigo.

–¿Qué pasó?

–Estábamos discutiendo sobre la luna. El dijo que hay dos lunas, una en el cielo y otra en el río, y yo le dije que tenía la boca demasiado grande y que en cualquier momento se la iba a tragar.

–Amigo piojo –dijo el sapo asombrado–, cómo va a decir eso, si la boca del yacaré tiene el tamaño perfecto. ¡Así tendrían que ser todas las bocas!

–Y él se enojó... y ahora se fue. Nunca más lo volveremos a ver.

Y de los ojos del piojo rodaron dos lágrimas chiquitas.

–¿Adónde habrá ido? –sollozó el piojo.

–Se fue río arriba –dijo el sapo–, y conociéndolo como lo conozco no va a parar de nadar en todo el día.

–No sé qué hacer –dijo el piojo preocupado–.

Sí, sí sé qué hacer. Me voy ya mismo a buscarlo.

–Pero no lo vas a alcanzar nunca –dijo el tatú–. Ya debe estar muy lejos.

–¡Cómo que no! ¡Los que tenemos patas largas caminamos ligero! ¿No es cierto, amigo ñandú?

–Y ya estamos marchando –asintió el ñandú.

–Hacia allá –dijo el piojo parado en la pluma más alta de la cabeza del ñandú y señalando con el dedo.

Y se fueron al trote largo.

En ese momento llegaron la iguana, el quirquincho y la paloma, y le preguntaron al sapo:

–¿Adónde van tan apurados el piojo y el ñandú?

–Se fueron a buscar el yacaré, que se enojó y se fue a vivir a otro lado.

–¡No los podemos dejar solos! –dijo el quirquincho–. Yo me voy tras ellos.

–Yo también –dijo la paloma.

–Y yo –dijo la iguana.

Y se fueron al trote largo tras los pasos del piojo y del ñandú, que iban a buscar al yacaré.

Cuando se iban perdiendo en el monte, llegaron el coatí, la cotorrita verde, el tordo y el monito.

–¡Cómo corren esos bichos! –dijo el coatí–. ¿Qué les pasa que andan tan apurados?

–Es que el quirquincho y la iguana y la paloma se fueron tras los pasos del piojo y del ñandú, que se fueron a buscar a don yacaré que se fue a vivir a otro lado.

–No los podemos dejar solos –dijo el monito–. ¿Y si los seguimos?

Y el coatí, la cotorrita verde, el tordo y el monito se fueron al trote largo tras los pasos del quirquincho, la iguana y la paloma, que iban tras los pasos del piojo y del ñandú que iban a buscar al yacaré.

Llegaron la garza blanca, el picaflor, el tapir, la corzuela y la lagartija. Y preguntaron. Y sintieron que eso no podía quedar así. Y pensaron que, si todos sus amigos se iban, ellos tenían que acompañarlos.

Y la garza blanca, el picaflor, el tapir, la corzuela y la lagartija se fueron al trote largo tras los pasos del coatí, la cotorrita verde, el tordo y el monito, que iban tras los pasos del quirquincho, la iguana y la paloma, que iban tras los pasos del piojo y del ñandú que iban a buscar al yacaré que se había ido a vivir a otro lugar.

El sapo y el tatú se miraban sin saber qué hacer, porque las cosas se complicaban cada vez más y la mano se venía pesada.

Y entonces aparecieron el cardenal y la charata, y todas las chicharras del árbol se bajaron a averiguar qué estaba pasando, y llegaron el guasuncho, la perdiz, el oso hormiguero y el tatú carreta y mil animales más.

Y todos dijeron:

–Nosotros también nos vamos a buscar al yacaré.

Fue un revuelo de chicharras y de pájaros y plumas y todos siguieron las huellas de los que se habían ido y quedaron solamente el sapo y el tatú, mirándose con los ojos grandes y sin saber qué pensar.

En el monte quedó un silencio que daba miedo. Nunca se había escuchado tanto silencio. Era como un peso muy grande que les ahogaba la garganta al sapo y al tatú.

–¡Añamembuí! –logró decir el sapo con esfuerzo.

Pero entonces se escuchó un ruido tan grande como el silencio.

–¡Ya estamos aquí! –se oyó gritar a la pulga desde la cabeza de la elefanta, de vuelta de su paseo.

–¿Qué pasa que nadie saluda? –dijo el elefante.

–¿Dónde están todos? –preguntó la pulga.

–Aquí estamos todos –contestaron el sapo y el tatú.

–¿Y los demás? –preguntó preocupada la elefanta.

Entonces les contaron lo que había pasado. Les contaron de los animales que se fueron y de la pelea del yacaré, y del sueño del yacaré.

–Fue un sueño muy raro, con animales desconocidos que se llaman león melenudo, tigre con rayas y rinoceronte –contó el tatú.

–Y el yacaré dijo que fue a buscarlos –añadió el sapo–, pero también está la pelea con el piojo. No sabemos si se fue por la pelea o por esos animales.

–¿Y ahora no queda nadie en este monte? –preguntó el elefante.

–Apenas nosotros.

–Entonces todos nos ponemos en marcha ya mismo –dijo la pulga.

Y al trote largo el elefante, la elefanta, la pulga, el sapo y el tatú se fueron siguiendo las huellas de los animales. No dijeron ni un adiós, porque no había a quién decir adiós, pero el sapo le echó una última mirada a ese pedazo de monte que se quedaba tan vacío.

Fue una mirada triste y callada. Después se perdieron en la distancia.

Caminaron y caminaron. Fueron largos días y largas noches siguiendo las huellas que cada vez se veían más frescas.

–Amiga elefanta –dijo la pulga–, si le hago mucho peso me voy un rato con el elefante.

–No, no, que ya lo estamos alcanzando –dijo la elefanta.

–Ya los puedo ver –dijo con alegría el elefante.

–Yo todavía no –dijo el sapo–, pero los oigo.

Entonces llegaron. Todos los animales estaban reunidos en un claro y gritaron de alegría cuando vieron a sus amigos.

–Estamos todos –gritaban–. Por fin estamos todos.

–Sabíamos que vendrían.

–Por fin llegaron.

El monte era una fiesta de ruidos, de cantos, de colores, de alegría. Jamás se había visto tanta alegría.

–¿Y el yacaré? ¿Y el piojo? ¿Dónde están? –preguntó preocupado el sapo–. ¿Siguen enojados?

–¿Enojados? Para nada. Ahí están, discutiendo sobre la luna y sobre unos animales raros.

–De la luna no sé nada –dijo el elefante–, pero yo puedo contarle al yacaré todo lo que quiera saber sobre esos animales. Yo los conozco mu-

cho.

–Entonces cuéntenos a todos –pidieron los bichos.

Y el elefante les contó que el león melenudo y el rinoceronte con un poderoso cuerno en la cabeza vivían en el Africa, donde él había nacido.

–¿Y el tigre con rayas? –preguntó el coatí.

–A ése lo conocí en el circo, porque viene de la India. Pero ninguno vive por aquí.

–¡Qué lástima! –dijo el yacaré que se había acercado para escuchar–. Me hubiera gustado conocerlos. Fue lindo cuando los soñé.

–Bueno –dijo el piojo–, ¿pero saben una cosa? Este monte me gusta, y ahora que estamos todos, mucho más.

–Parece lindo –dijo la pulga–, y cualquier día podemos ir a visitar el otro.

–Yo le juro, don yacaré, que usted no tiene la boca grande –dijo el piojo–. Y además es mucho más lindo que haya dos lunas, una en el cielo y otra en el río. Si alguno se anima a decir lo contrario, ya mismo lo desafío a pelear.

–Por un rato nada de peleas –dijo el sapo–, a ver si tenemos que irnos de nuevo. Me quedaron las patas duras de tanto camino.

Las chicharras comenzaron a cantar.



Las dudas de la lechuza

La lechuza, siempre parada sobre la punta de un poste, decía que no y que no con la cabeza.

Nada de lo que estaba pasando la convencía. Y menos que nada que esos dos bichos con trompa y con colmillos, y que se habían escapado de un circo, fueran elefantes.

–¡De dónde habrán sacado esa idea! –le comentaba a la vizcacha–. Y lo que no entiendo es por qué esas jirafas se quieren hacer pasar por elefantes.

–Algo deben estar ocultando –dijo la vizcacha–. Y no debe ser nada bueno.

–Vamos a hablar con ellos. Las palabras son peligrosas, y las palabras los van a vender.

Y la lechuza y la vizcacha se fueron a hablar con los elefantes.

–¿Así que ustedes se escaparon de un circo? –dijo la vizcacha–. Me imagino cómo los maltratarían.

–Para nada. Nos trataban muy bien –dijo la elefanta.

–Pero seguramente no les daban de comer. Qué feo debe ser que a uno lo tengan muerto de hambre –dijo la lechuza.

–Eso nunca –contestó el elefante–. Teníamos toda la comida necesaria, y más todavía.

–Pero estoy segura de que les mezquinaban el agua, y eso es peor que cuando falta comida.

–Agua nos sobraba. Siempre teníamos enormes fuentones llenos de agua para tomar y para bañarnos.

–Sí, pero debe haber sido un agua turbia y sucia. Como si la estuviera viendo. No hay nada más feo que el agua sucia.

–No, nos cambiaban el agua tres veces por día, para que siempre estuviese limpia.

–Ahora voy entendiendo, porque yo soy una lechuza que razona mucho; a ustedes no los maltrataban, no les faltaba comida, tenían agua en abundancia... En el circo hacían todo eso porque algo andaba muy torcido.

–Claro –dijo la vizcacha–, y por eso tuvieron que escaparse.

–No –dijo la elefanta–. No fue por eso.

–Ustedes me confunden –dijo la lechuza–. Y yo que tenía las ideas tan claras. ¿Entonces por qué se escaparon?

–Para movernos en medio del monte, para caminar bajo las estrellas, para bañarnos en un río...

–Y sentir la lluvia y el sol, y probar los pastos uno por uno buscando el que más nos gusta, y conocer un montón de otros animales para vivir juntos...

–Y porque ése no era nuestro lugar. El lugar

de un elefante no es el circo, el lugar está bajo el cielo abierto.

–Bueno –dijo la vizcacha–, a mí me convencieron.

Y la lechuza y la vizcacha se fueron despacito. En cuanto se alejaron un poco, la lechuza se puso a razonar:

–Ya tengo todo claro, amiga vizcacha, y como siempre, una vez más tuve razón: las palabras los vendieron. Ya descubrí por qué tuvieron que escapar.

–Cuente, cuente, que yo no entendí nada.

–Muy simple. No hay más que hacer un buen razonamiento. Los trataban bien, no les faltaba agua, no les faltaba comida; entonces tenían miedo a otra cosa. Por eso tuvieron que escapar.

–¿A qué le tenían miedo?

–A que descubrieran la mentira.

–¿Mentira? ¿Qué mentira?

–No sé cómo no se da cuenta, amiga vizcacha, porque todo está muy claro.

–Sigo viendo todo oscuro.

–Es porque no razona bien. Yo se lo explico. Sabían que la mentira tiene patas cortas y que en algún momento alguien los iba a descubrir.

–¿Descubrir qué?

–¡Que no son elefantes!

–¿No son elefantes?

–No. Son jirafas que se hicieron pasar por elefantes para engañar a los del circo, como ahora nos quieren engañar a nosotros.

–¡Qué buen razonamiento, amiga lechuza! ¡Claro que son jirafas!

Y la lechuza y la vizcacha fueron por todo el monte repitiendo a los gritos: "Son jirafas, son jirafas, son jirafas".

Todavía andan por ahí, y aunque nadie les hace caso, ellas siguen, dale que dale, "¡son jirafas, son jirafas, son jirafas!", mientras los demás bichos pasean por el monte en lomo de elefante.



Los sueños del elefante

Los árboles se fueron poniendo amarillos y reverdecieron otra vez. Llegó la sequía y volvieron las lluvias. Vino el frío y regresaron las ardientes tardes de calor.

Y el monte siempre era el mismo y siempre era distinto.

Bajaron las aguas del río y otra creciente lo llenó de espuma donde los grandes árboles arrastrados por el agua giraban una danza enloquecida.

Y el tiempo fue pasando así como pasa el tiempo.

Las chicharras cantaron de nuevo para hacer madurar las algarrobas, se llenaron los talas de pequeños frutos anaranjados para alegría de los pájaros y las mariposas taparon el cielo de colores.

Pero durante todo ese tiempo el elefante había estado soñando.

Cuando se secaron los pastos y el hambre empezó a morder con la furia, soñó con los grandes fardos de comida que le daban en el

circo.

Cuando vino el frío y la escarcha le endureció las orejas, soñó con las carpas abrigadas que lo protegían.

Cuando se secaron las lagunas y faltó el agua y los animales tuvieron que recorrer largos caminos, soñó con los fuentones llenos que dejaban a su lado.

–¿Qué te pasa, elefante? –preguntó un día la elefanta.

–Nada, qué me puede pasar.

–Bueno –dijo la elefanta: pero quedó convencida de que algo le pasaba.

Las dos lunas, una en el cielo y otra en el río, se achicaron y volvieron a crecer una y otra vez, en innumerables ciclos repetidos, siempre iguales y siempre distintos.

Y una noche en que la luna apareció como trepada a la copa del árbol más alto, el elefante soñó con los aplausos y las luces del circo. Soñó que era hermoso estar ahí, bajo los reflectores de la inmensa carpa, y que todo en ese mundo era una felicidad y era una fiesta.

Cuando se despertó caminó solo por el monte. Caminó y caminó, sin saber adónde iba y sin pensar en lo que estaba haciendo. Volvió cansado y con una larga tristeza que le agachaba las orejas.

–¿Qué te pasa? –preguntó la elefanta.

–Nada, qué me puede pasar. Estuve caminando.

–¿Estuviste soñando?

–¿Cómo sabés? ¿Vos también estuviste soñan-

do, elefanta?
–Claro, desde hace mucho, y muchas veces.
–¿Fueron lindos tus sueños?
–Hermosos, elefante. Fueron sueños hermosos con todo lo que no tenemos y podríamos tener.
–¿Soñaste con las luces y la buena comida? ¿Soñaste con las grandes mangueras y los fuentones con agua? ¿Soñaste con la carpa y los aplausos?
–Todo eso elefante, todo eso y mucho más. Pero también soñé con las cadenas.
–¿Qué cadenas? Hace mucho que nos sacaron las cadenas.
–No, elefante.
–No entiendo, no teníamos cadenas.
–Elefante, ¿qué hacías cuando te llevaban un fardo de pasto?
–Me acercaba y lo comía hasta el último bocado mientras me daba palmadas en el lomo.
–¿Y después?
–Iba a lucir mis habilidades bajo la carpa del circo.
–Y caminabas en dos patas, trepabas a dos barriles, movías la trompa para un lado y para el otro y te ponían monturas de colores y bailabas un vals...
–¡Y todos aplaudían...!
–¿Te aplaudían a vos o lo aplaudían al domador?
–Pero el domador me daba frutas, como premio.
–Sí, claro, a mí también, porque yo hacía lo mismo.
–No entiendo, elefanta.

–Quiero decir que esos premios se parecen demasiado a las cadenas. ¿Por qué te creés que estamos aquí?
–Porque un día quisimos caminar por el monte y sentir la lluvia y estar con otros animales y meternos en un río...
–Y dormir al sol y bajo las estrellas y despertarnos con el canto de los pájaros... Nos costó, elefante; ¿te acordás cómo nos costó decidirnos?
–Y me acuerdo de que caminamos hasta llegar aquí. Claro que me acuerdo. Y también cuando nos encontramos con el sapo, con la iguana, con el yacaré, con el piojo y la pulga, con el oso hormiguero y las cotorras y mil animales más.
–¿Qué vamos a hacer?
–No sé, no sé. Quiero estar allá y quiero estar aquí.
–¿De dónde somos, elefante?
–Si lo supiera no tendría problemas. Siento que soy de las dos partes y de ninguna. Si estuviese en el circo estaría protestando y soñando con el sol y la lluvia y el río y todos estos animales...
s–Entonces tratemos de soñar, elefante. Tratemos de soñar que estamos otra vez en el circo, y en la mitad del sueño soñemos con que estamos de vuelta junto al río. Tal vez así sepamos qué hacer.
Esa noche los elefantes soñaron. Soñaron que estaban en el circo y que allí estaba su mundo y su felicidad. Y despertaron.
Y otra noche volvieron a soñar y otra vez a

despertar.

Cada noche cerraban los ojos pensando en el circo, y volvían a soñar con la carpa, las luces y los aplausos.

Pero no lograban soñar que estaban en el circo y desde allí soñar con el monte.

Volvieron a probar otra noche y otra noche.

A la séptima noche soñaron otra vez con el circo. Pero en lo mejor del sueño, cuando estaban bajo las luces, soñaron con el monte, con el río, con el viento, con la sed, con el hambre, y con dos lunas que brillaban como nunca.

Cuando se despertaron, dijo la elefanta:

–Ahora sé lo que tenemos que hacer.

–Yo también –dijo el elefante.

–Y que todo sea un secreto que quede entre los dos –dijo la elefanta.

Entrecruzaron las trompas, hicieron aletear las orejas, y después, levantando las trompas hacia las estrellas, lanzaron al aire el largo grito de los elefantes. Ese profundo grito que sólo puede lanzar un elefante cuando sabe dónde está su lugar en el mundo.

INDICE

Libros del Malabarista
Colección dirigida por Gustavo Roldán

Monigote en la arena - Laura Devetach * **El monte era una fiesta** - Gustavo Roldán * **Oiga, chamigo Aguará** - Adela Basch * **Doña Clementina Queridita, la achicadora** - Graciela Montes * **Cuentos y títeres** - Javier Villafañe * **La torre de cubos** - Laura Devetach * **Cada cual se divierte como puede** - Gustavo Roldán * **La flauta del afilador** - Antología * **Cuentos de Guane** - Nersys Felipe * **La 305** - Aldo Tulián * **Cuentos y chinventos** - Silvia Schujer * **El Molinete** - Carlos A. Martínez * **El casamiento del Número Tres** - Alma Maritano * **Palabrelío** - Gloria Pampillo * **Mariposa del aire** - Federico García Lorca * **Historia de un amor exagerado** - Graciela Montes * **El fuego** - Miriam González, Ricardo Uriona * **Cuentos de otros planetas** - Graciela Falbo * **La tortuga gigante y otros cuentos de la selva** - Horacio Quiroga * **La escuela de las hadas** - Conrado Nalé Roxlo * **Un suspiro largo y mojado** - María Cristina Casadei * **Agustina y cada cosa** - Santiago Kovadloff * **El hombrecito verde y su pájaro** - Laura Devetach * **Junto al álamo de los sinsontes** - Emilio de Armas * **Las picardías de Hérshele** - Manuela Fingueret, Eliahu Toker * **Sapo en Buenos Aires** - Gustavo Roldán * **8 cuentos 8** - Antología * **Cuentos con trenes** - Aldo Tulián * **Los troesmas de la Capital cuentan** - Antología * **Cuentos del circo** - Ricardo Mariño * **Qué fácil es volar** - Antonio Machado * **¡Ufa! 6 cuenteros más** - Antología * **Secreto caracol** - Froilán Escobar * **Abran cancha que aquí viene Don Quijote de la Mancha** - Adela Basch * **El loro pelado y otros cuentos de la selva** - Horacio Quiroga * **El hada del zapato** - Griselda Gálmez * **Todos los juegos el juego** - Gustavo Roldán * **Memorias de Vladimir** - Perla Suez * **Las torres de Nuremberg** - José Sebastián Tallon * **El tobillo abandonado** - Santiago Kovladoff * **El último dinosaurio** - Alma Maritano * **El planeta azul** - Luis Manuel García Méndez * **Cuentos de pan y manteca** - Sara Zapata * **El caballo celoso** - Javier Villafañe * **Cuentos cortos, medianos y flacos** - Silvia Schujer * **Qué me cuenta, maestro** - Antología * **Los Chichiricú del Charco de la Jícara** - Julia Calzadilla Núñez * **Cinco más cinco** - Antología * **Una fila de cuentos** - Antología * **La travesía de Manuela** - Ana Alvarado * **Cuentos crueles** - Saki * **El crimen del señor Ambrosio** - Sandra Siemens * **Los hermanos no son cuento** - María Inés Falconi * **Una caja llena de** - Laura Devetach * **Amores imposibles y otros encantamientos** - Horacio Clemente * **Barbanegra y los buñuelos** - Ema Wolf * **Caperucita Roja II** - Esteban Valentino * **El titiritero de la paloma** - Horacio Tignanelli * **La noche del elefante** - Gustavo Roldán * **Los calamitosos** - Luis Cabrera Delgado * **El león y la aurora** - Juan Raúl Rithner * **El último dragón** - Gustavo Roldán.

Libros del Malabarista
Colección dirigida por Gustavo Roldán

Montiguste en la arena - Laura Devetach * El mundo era una fiesta - Gustavo Roldán * Olga, chamigo Aguará - Adela Basch * Doña Clementina Queridita, la achicadora - Graciela Montes * Cuentos y chistes - [illegible] * La noche de cristal - Laura Devetach * Cada cual se divierte como puede - Gustavo Roldán * La fiesta del [illegible] - Antología * Cuentos de [illegible] - [illegible] * La 305 - Aldo Tulián * Cuentos y [illegible] - Silvia Schujer * El Malabarista - Carlos A. [illegible] * El casamiento del [illegible] - [illegible] * [illegible] - Gloria Pampillo * [illegible] del aire - Federico García Lorca * Historia de un amor exagerado - Graciela Montes * El fuego - [illegible] * Cuentos de [illegible] - Graciela [illegible] * La tortuga gigante y otros cuentos de la selva - Horacio Quiroga * La escuela de las hadas - Conrado Nalé Roxlo * Un cuento largo y angosto - María Cristina Ramos * Agustina y cada cosa - Santiago Kovadloff * El [illegible] verde y su pájaro - Laura Devetach * Junto al fuego de los [illegible] - [illegible] * Las [illegible] - [illegible] * [illegible] - Gustavo Roldán * 8 cuentos 8 - Antología * [illegible] - Aldo Tulián * Las [illegible] de la Capital [illegible] - Antología * [illegible] - [illegible] * Qué fácil es volar - [illegible] * [illegible] - Antología * Escuela [illegible] - [illegible] * [illegible] que aquí viene Don Quijote de la Mancha - Adela Basch * El loro pelado y otros cuentos de la selva - Horacio Quiroga * El [illegible] - [illegible] * [illegible] el juego - Gustavo Roldán * [illegible] - [illegible] * La torre de Nuremberg - [illegible] * El [illegible] - Santiago Kovadloff * El [illegible] - [illegible] * El planeta azul - Luis María [illegible] * Cuentos de paz y [illegible] - [illegible] * El caballo celeste - [illegible] * Cuentos [illegible] y [illegible] - [illegible] * Qué me cuenta, [illegible] - Antología * Los [illegible] de la [illegible] - [illegible] * [illegible] - Antología * [illegible] de cuentos - Antología * La travesía de [illegible] - [illegible] * [illegible] - [illegible] * [illegible] - [illegible] * [illegible] - Laura Devetach * Amores [illegible] y otros [illegible] - [illegible] * [illegible] - [illegible] * [illegible] de la [illegible] - [illegible] * La [illegible] del elefante - Gustavo Roldán * [illegible] - [illegible] * El león y la [illegible] - [illegible] * El último dragón - Gustavo Roldán

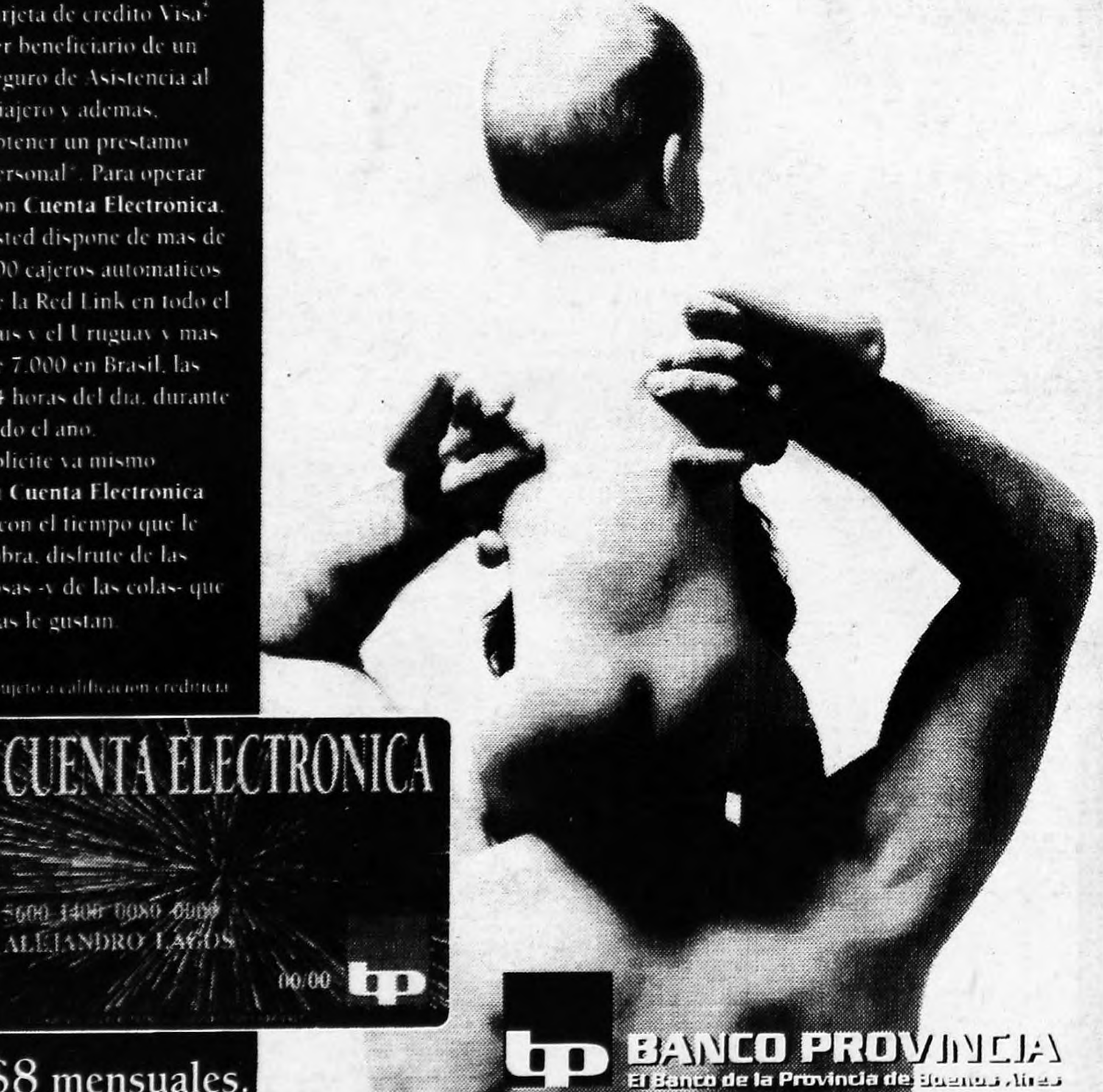
Con **Cuenta Electrónica**,
la única cola que
va a tener que aguantar es
la que a usted más
le gusta.

Cuenta Electronica del Banco de la Provincia de Buenos Aires le permite realizar todo lo que tradicionalmente haria en un banco, ahora exclusivamente por telefono o por cajero automatico.

Con **Cuenta Electronica** usted puede: efectuar depositos y extracciones en pesos y en dolares- consultar el saldo y los movimientos de sus cuentas -pagar impuestos y servicios- ser titular de un Seguro de Vida Colectivo -acceder a una tarjeta de credito Visa*- ser beneficiario de un seguro de Asistencia al Viajero y ademas, obtener un prestamo personal*. Para operar con **Cuenta Electronica**, usted dispone de mas de 800 cajeros automaticos de la Red Link en todo el pais y el Uruguay y mas de 7.000 en Brasil, las 24 horas del dia, durante todo el año.

Solicite ya mismo su **Cuenta Electronica** y con el tiempo que le sobra, disfrute de las cosas -y de las colas- que mas le gustan.

*Sujeto a calificacion crediticia



$8 mensuales.